

8

PELICULAS

Novela Semanal

*Faros
de
Amor*



25
CTS

por
Tom Moore

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 8 :: 25 CTS.

Adaptación literaria del Cinedrama de costumbres

inglesas titulado *THE HARBOUR LIGHTS*

FAROS DE AMOR

1923

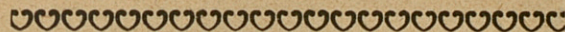
interpretado por el gran actor TOM MOORE

Exclusivas de BALAR Y SIMÓ

Calle de Balmes, 74, 1.º 2.ª :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925: BARCELONA



PRIMERA PARTE

Después de dos años de crucero por las costas de la China, el teniente de marina, David Espildora, regresaba al lugar en que dejó lo que más había amado en la vida.

En lo más alto del acantilado que protegía al pueblo de las olas del mar, una preciosa muchacha, miraba fijamente al horizonte, como esperando el arribo de algo para ella muy querido.

De pronto, a lo lejos, divisó una pequeña estela de humo, que se iba haciendo mayor a medida que se acercaba el barco, y que la hizo exclamar, con un grito de inmensa alegría.

—¡ Mi David viene !

Y corriendo hacia su casa abrazó a su padre con la misma alegría de que se hallaba poseída y repitió la anterior exclamación :

—¡ Mi David viene, papá !

Alberto Gálvez, el padre de Teresa, un viejo y rudo marinero, que echó el ancla en el crepúsculo de su vida, cerca del mar al que amaba casi tanto como a su hija y a su sobrina (Mercedes, huérfana de madre, la primera y de padre, también, la segunda), acarició dulcemente los bucles dorados de su pequeña y sonrió bonachonamente.

Mas su risa no duró mucho tiempo, por su mente cruzó una idea dolorosa y su rostro adquirió la misma dureza que solía tener cuando, allá en su juventud, luchaba con las olas embravecidas.

Pensó en su sobrina ausente, de quien hacia tiempo no sabía y exclamó:

—¡Qué lástima que esta alegría de hoy no podamos compartirla con tu prima Mercedes! Desde hace tiempo no sabemos nada de ella. Por más que le he escrito, todas mis cartas han quedado sin contestación.

Entretanto, en Londres, donde había ido con el noble propósito de ganarse por sí misma la vida, Mercedes devoraba en silencio su secreto dolor.

Su historia era la eterna historia de la joven incauta, engañada por el amante perverso. Había fiado en las frases galantes y en los juramentos de un miserable, de Rogelio Baeza, señor de los territorios donde ella naciera, y

que cansado de su amor creyó que cumplía su compromiso, con darlo por terminado con una carta que decía:

«Querida Mercedes. Es necesario que no volvamos a vernos. Tú sabes que es preciso que me case para rehacer mi fortuna y, en estas condiciones, sólo me resta decirte adiós para siempre.

»Rogelio Baeza»

Aquella carta produjo a Mercedes tal depresión de ánimo que durante varios días estuvo enferma, luchando entre la vida y la muerte. Pero su naturaleza joven y fuerte, pudo vencer el mal y ahora, al volver a la vida, se encontraba completamente sola y desamparada. A pesar de la innoble acción de su novio, Mercedes no guardaba contra él el menor odio, sino que su amor era tan grande que aun supo perdonarlo y ansiar volver a él de nuevo para que le cumpliera los juramentos que tantas veces le había hecho.

Sin embargo, Rogelio, huyendo de ella, habíase marchado a donde tenía sus propiedades y que eran administradas por un primo suyo, un tal Enrique Baeza, antiguo oficial de la marina y expulsado de ella por un Consejo de guerra,

Sabía éste que el día que desapareciera su primo sería el heredero de todos sus bienes y en su alma mezquina se albergaba el ruin deseo de verse libre de Rogelio para poder entrar, cuanto antes, en posesión de todas aquellas tierras que le pertenecían.

Cuando llegó su primo y lo puso en antecedentes de la merma que había sufrido su fortuna, el otro le recriminó su despilfarro, diciéndole :

—Me parece, querido Rogelio, que haces todo lo posible por arruinarle.

—Al contrario — respondió éste —, tengo en perspectiva una nueva fortuna.

—¿Puede saberse quién es la víctima?

—La hija del viejo Gálvez, la prima de Mercedes. Acaba de heredar cinco millones de un tío suyo que ha tenido la buena idea de morirle oportunamente.

—¿Y en qué te puede beneficiar a ti esa herencia?—volvió a preguntar Enrique.

—En mucho—respondió su primo—. Figúrate que estoy decidido a casarme con ella.

—Me admira tu desahogo—exclamó su primo—. ¿Cómo vas a librarte de la primita? Porque te advierto que Mercedes no se resignará tan fácilmente. Debieras guardarte de ella. Además, he de advertirte que hoy llega el barco de su prometido.

—Eso no me importa. Te dejo el encargo de ocuparte de él. Sé que eres hombre decidido y que no te paras en barras.

En casa de Teresa, ajena ésta a lo que se estaba tramando en su contra, hablaba con Tom, antiguo lobo de mar y hombre de confianza de Alberto, que le decía :

—Me parece, señorita, que podrá hacer su diaria visita a los pobres antes de que llegue el barco del señorito David.

—Llevas razón, Tom; no quiero que mi dicha de hoy sea obstáculo para que mis pobrecitos se queden sin limosna. Procuraremos hacer nuestra visita lo más rápidamente posible para estar aquí antes de que llegue el señorito.

En efecto, poco después Teresa volvía de hacer sus limosnas y en la puerta de su casa se encontró con su novio.

Corrió a los brazos que éste le tendía y le dijo :

—No puedo dar crédito a mis ojos. ¿Eres tú realmente, David?

—Abrázame y te convencerás de que no soy un ente imaginario—respondió cariñosamente el enamorado marino.

Lo estrechó ella entre sus brazos, en un transporte de infinita ternura, y exclamó :

—No hay duda. Eres tú mi David, el tan larga y ansiosamente esperado.

Del bolsillo de la guerrera del marino asomaba un pliego de papel, y la muchacha, con esa curiosidad tan propia en toda mujer, y mucho más si ésta está enamorada, le preguntó:

—Quiero ver ese documento. ¿De qué se trata?

Sacó él el pliego y, enseñándoselo, respondió:

—Nada de particular. Es, sencillamente, una licencia para contraer matrimonio con una chiquilla muy fea, muy fea.

—¿Muy fea, muy fea?—preguntó ella, sonriéndole.

—Sí—contestó él—. Ya ves tú si será fea que se parece toda a ti.

—Pues, entonces, a mí me parece que si tan decidido estás a casarte con ella debes hablar con su padre.

—Ahora mismo—contestó David, decidido, y entró dentro de la casa, donde estaba Alberto precisamente esperándolo.

El muchacho, al verse ante él, se azoró y, dispuesto a romper aquel silencio, cada vez más embarazoso, empezó la conversación, diciéndole:

—Yo quería hablar con usted para decirle una cosa.

—Usted dirá. Soy todo oídos para escucharle.

El azoramiento de David no tenía límites y continuó hablando como si fuera un tartamudo.



—El caso es... sí, señor. Yo quería preguntarle... eso... preguntarle... con el mayor respeto... si usted...

La boca se le secaba y no sabía cómo continuar; para ello sacó la petaca y, ofreciéndosela al viejo marino, continuó diciéndole:

—...quería preguntarle... si ha probado alguna vez este tabaco...

—¿Y eso es todo lo que tiene que decirme?

—preguntó el padre de Teresa, fingiendo una gran irritación, a fin de azorar más aún al muchacho y reirse a su costa.

—No... no, señor... Lo que quiero decirle es que... ¡Teresa y yo nos amamos! —exclamó al fin, haciendo un gran esfuerzo.

—¡Ya era hora de que hablara de una vez! —contestó, riéndose, el anciano—. Podéis amaros enhorabuena y casaros cuando se os antoje.

—¿De verdad?—preguntó sin poder contener su alegría David.

—Sí, hombre, sí. Hace ya tiempo que esperaba que me dijeras esto—repuso Alberto.

Pero David ya no lo oía. Había salido como un loco para darle la noticia a su novia, que en aquel momento hablaba en la puerta con Rogelio y su primo.

La casualidad les había hecho encontrar a la joven, puesto que el verdadero motivo de aquel encuentro había sido el de que Enrique había ido a cobrar el alquiler de una miserable casucha a la madre de un pobre marinero, llamado Rafael Salanova. Como la mayoría de los habitantes de aquel pueblo, se dedicaba a la pesca y cuyo único pensamiento lo constituía el culto que profesaba hacia el amor de la ausente Mercedes.

La pobre mujer, que no tenía más amor que

el de su hijo ni más deseo que el de liquidar las deudas que tenía contraídas con Baeza, le suplicaba inútilmente diciéndole:

—¡Espéreme unos días más! Yo le prometo que les pagaré hasta el último céntimo.

—Ya he esperado bastante. O paga lo que debe o me veré en la situación de tomar una enérgica determinación contra ustedes.

Teresa, que había presenciado y oído toda la escena, se acercó a ellos y le dijo a Enrique:

—Debían ustedes de ser más generosos con ellos. Son unos de sus más antiguos inquilinos.

—Si usted me lo pide, no tengo el menor inconveniente en acceder a su ruego—respondió galantemente Rogelio.

—Yo se lo suplico. La señora Salanova es una buena mujer y merece que se la trate como a tal.

—Entonces no hay nada de lo dicho. Todo queda tal como estaba. Sus ruegos son órdenes para mí, porque, aunque cuando yo nunca le haya dicho nada, yo la amo a usted, Teresa. ¿Quiere usted ser mi esposa?

En este instante fué cuando salió David y le dijo a su novia:

—Navegamos con viento favorable y el puerto de nuestra dicha está cercano.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó la joven.

—Que pronto seré el dueño exclusivo de la nave de tu amor. ¡Sí, Teresa mía! ¡Todo está arreglado y mañana mismo podremos casarnos, si queremos!

—Te advierto que Rogelio Baeza, aquí presente, acaba de preguntarme si quiero ser su esposa.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que lo consultaría contigo.

—Has hecho bien y he aquí la contestación. Lo siento mucho, señor Baeza, pero en esta embarcación de amor yo soy el único tripulante.

—Hace usted mal, Teresa—insistió Rogelio—. Los marineros no debieran casarse. Siempre alejados de la familia. Loca debe estar la mujer que los acepte.

Ante aquellas palabras, Teresa se abrazó a su novio y respondió:

—Entonces, yo debo estar como para que me aten.

—Ya lo sabe usted—terminó diciendo David—. Prepárele usted a Teresa una celda en el manicomio.

Y aquella misma tarde, cuando estaban reunidos en casa de Teresa, ésta, su padre y David, exclamó aquél, como respondiendo a un pensamiento:

—Las cartas que envío a mi sobrina Mer-

cedes me son todas devueltas. Algo grave debe pasar.

—No te preocupes, papá—repuso Teresa, deseosa de tranquilizarlo—. Si algo ocurriese, lo sabríamos. Las malas noticias corren más que la pólvora.

—No obstante, yo no estoy tranquilo y hoy mismo marcharé a Londres a indagar lo que sucede. Si alguien se hubiese atrevido a hacer daño a esa pobre criatura, yo te aseguro que lo pagaría caro...

Pero, mientras el viejo marino se encaminaba hacia la capital, Mercedes, siguiendo la pista de su amante, volvía hacia su pueblo, y al recorrer aquellas tierras queridas, donde pasaron los años de su niñez, sentía más punzante el dardo de su pena.

También aquella tarde los dos primos, sentados en el elegante despacho, tramaban el plan que debían seguir. Enrique decía:

—Ya te dije que Teresa te rechazaría.

—Por eso es preciso obligarla a que venga esta noche aquí sola—dijo Rogelio.

—Pierde cuidado. Escríbela en el sentido que te dije y ya verás cómo la paloma acude al reclamo del gavilán.

Sin perder un momento, Rogelio hizo lo que su primo le ordenaba y, llamando a su sirviente, le entregó a la carta, a la vez que le decía:

—Haga llegar esta carta a la señorita Gálvez y le ruego que me deje solo esta noche. Espero a unos amigos y quiero gozar de libertad completa.

SEGUNDA PARTE

Mercedes había llegado al pueblo, y aquella noche, sin ir siquiera a su casa, intentó el último recurso para recobrar el amor del perjurio. Para ello se escondió una pistola, decidida a poner fin a su vida si es que Rogelio no quería compadecerse de su triste situación.

Entró en la casa de Rogelio sin que nadie le impidiese el paso, y, cuando estuvo en su presencia, le dijo:

—He venido porque sé que tú no puedes abandonarme para siempre.

—Ya te escribí diciéndote que todo había terminado entre nosotros.

Pero Mercedes no podía creer aquellas palabras y suplicó:

—¡Rogelio, ten piedad de mí!...

—Ya te he dicho todo lo que tenía que decirte. Es inútil que insistas.

Sacó ella el revólver que guardaba y, encanónándose con él, exclamó:

—Ya sabes que no puedo vivir sin ti y, puesto que me desprecias, prefiero morir aquí mismo.



Al darse cuenta de la acción de ella, la sujetó Rogelio violentamente, a la vez que le decía:

—Déjate de romanticismos. Es inútil que me amenaces con matarte.

Procuró tranquilizarla y cuando lo hubo conseguido continuó diciéndole:

—Escúchame, Mercedes. Yo no puedo casarme contigo. Pero aquí, en el pueblo, hay

un hombre que sintió por ti siempre verdadera adoración. Cásate con Rafael Salanova. Yo me encargo de tu dote.

—¡Nunca!—exclamó la desgraciada muchacha—. Y, puesto que no accedes a mis súplicas, no me marcharé de aquí hasta que todos me vean en tu casa y te veas obligado a cumplir tus promesas.

—¡Valiente tontería! ¿Qué conseguirías con eso? Lo mejor es que te vayas. Espero a unos amigos y sería una lástima que perdieras tu reputación sin beneficio ninguno.

Los amigos que esperaba Rogelio eran, como fácilmente se comprenderá, a Teresa. Esta había recibido momentos antes una carta que decía:

«Si su felicidad no la hizo olvidar la de los que la aman, venga en seguida.
»Mañana sería tarde.

»Rogelio Gálvez.»

Teresa, sospechando que se trataba de su prima, no dudó un instante en acudir a la cita, y cuando estuvo en la casa de Rogelio, le preguntó a éste:

—¿Para qué me ha hecho usted venir? Me he enterado que conoce usted el paradero de Mercedes. ¿Qué ha sido de ella?

—Antes de hablar de ella es preciso que aclaremos la conversación que hemos tenido esta tarde.

—Eso está completamente aclarado con lo que le he dicho antes. Conque, acabemos de una vez. ¿Dónde está mi prima?

—Ha estado aquí, pero se ha marchado. No sé dónde, ni me importa. La he hecho venir porque estoy loco por usted y no voy a consentir que se la lleve otro teniéndola yo a mi alcance—exclamó Rogelio, cerrando la puerta de la estancia.

No se amilanó por eso Teresa, sino que exigió con energía:

—¡Déjeme usted salir! No olvide que hay un hombre que me ama y sabrá vengarme.

—Sí, ya sé que se casa usted—respondió cínicamente Rogelio—. Pero hoy me pertenece a mí solo.

El plan que habían ideado los dos primos era el que David sorprendiese a Teresa en compañía de Rogelio y para ello Enrique fué a visitar al marino y le dijo para justificar su presencia:

—He querido venir para ofrecerme como vecino que soy de usted.

—Muchas gracias—respondió el otro secamente.

—Veo que hace los preparativos para la bo-

da. Usted no pierde el tiempo, amigo Espidora.

—En este mundo no debe perderse nada—contestó David—. Luego es muy difícil encontrarlo.

—¡Hombre!—exclamó de repente Enrique, como acordándose de algo que no tenía importancia—. Hace media hora he visto entrar a la señorita Gálvez en casa de mi primo. Parece que tenían acordado pasar juntos la velada.

—Piense lo que dice—exclamó indignado el marino—. Pudiera arrepentirse de sus palabras.

—Puesto que usted no me cree, lea esto y se convencerá—dijo entregándole la carta que su primo había dirigido a la muchacha—. Me parece que esto es una cita en regla.

Cuando terminó de leer la carta David, su nerviosidad era tanta que Enrique le dijo irónicamente:

—Ya suponía que esa carta le decidiría a ir. Encontrará abierta la puerta falsa, la de mi pabellón.

—Le agradezco la noticia — exclamó David—. Pero tenga en cuenta que si el proceder de su primo ha causado a Teresa la más leve contrariedad, yo le juro que pocos momentos le quedan de vida.

Incautamente Rogelio había caído en la celada que le tendía su primo, quien estaba seguro de que David, al encontrar a su novia en casa de Baeza, lo mataría sin vacilar y de esta forma él podría heredar la fortuna de su primo.

Pero cuando David entró en la habitación de Rogelio, quedó sorprendido ante la aparición del cadáver de éste, que se hallaba bañado en sangre en el suelo de la estancia. Por la mente de David cruzó una idea, que fué tomando cuerpo a medida que iba imaginariamente reconstituyendo los hechos.

No le había duda de que quien había matado a Rogelio Baeza era Teresa. Sin duda ésta fué allí engaña por el miserable y para librarse de él se vió obligada, en un momento de desesperación, a matarlo.

TERCERA PARTE

Mercedes, al verse despreciada por su antiguo amante, salió a la calle, agobiada por una pena infinita, y rendida de dolor, se dejó caer unos pasos más allá de la puerta, donde la encontró Salanova.

Este, de cuyo pensamiento no se apartaba el recuerdo de la que creía ausente, pensó que deliraba al ver ante sí la dolorosa imagen de Mercedes.

Se acercó a ella y le preguntó con su habitual rudeza :

—¿Qué te ha ocurrido para encontrarte en este estado?

—No sé qué hacer ni dónde ir. Me fié de las palabras de Rogelio Baeza, y ahora, después de haber conseguido mi amor, me abandona como a una cosa inútil. ¡Tengo miedo de presentarme en casa de mi tío!

—Todo puede arreglarse—exclamó Salanova, que creyó que, por fin, podría alcanzar el amor de la joven—. Por última vez, Mercedes, ¿quieres casarte conmigo?

—Es imposible, Salanova. Rogelio ha sido malo para mí y, sin embargo, le quiero. No sé qué será de mí. ¡No sé lo que haré!

El estado en que se encontraba la joven excitó hasta el último grado la indignación de Salanova, que exclamó :

—No te apures, Mercedes ; yo sabré obligar a ese canalla a que cumpla como debe.

Y, cogiéndola de la mano, la ayudó a levantarse y a entrar de nuevo en casa de Baeza, que, al verlos, exclamó :

—¡Otra vez aquí !... ¡Ya te he dicho que yo no tengo nada que hablar contigo !

—Se equivoca usted, señor Baeza. Esta mujer viene a pedir lo que le pertenece y usted se lo ha de dar por grado o por fuerza—exclamó Salanova.



—El que te equivocas eres tú si crees que con tus bravatas me vas a atemorizar—gritó Rogelio avanzando hacia el pescador con ánimo de castigar su insolencia ; pero antes que llegara al sitio donde estaba él, sonó un disparo y Baeza cayó rodando por el suelo. El miserable había pagado con su vida todo el mal que en ella había causado a tantos seres desgraciados.

Mercedes, incapaz de sufrir tantas emociones, quedó privada de conocimiento, y Salanova, tomándola en sus brazos, se la llevó a su casa.

A la mañana siguiente, el deseo del marinero era huir del pueblo antes que se descubriera su crimen y para ello se dirigió a casa del primo del muerto, de quien estaba seguro de obtener el dinero que necesitaba, puesto que conocía las intenciones y el deseo que tenía éste de apoderarse lo antes posible del dinero del muerto.

—Al verlo llegar, Enrique se encaró con él, diciéndole :

—Supongo que habrás comprendido que lo que dijo ayer mi primo de ante de la señorita Gálvez era solamente una broma.

—No vengo a hablar de eso, sino de otra cosa mucho más importante—respondió Salanova—. Vengo sencillamente a ver si usted puede entregarme un poco de dinero y yo abandonaré inmediatamente el país.

—¿Qué me importa a mí que abandones o no el pueblo?

—Estoy seguro de que le importa a usted mucho más de lo que cree cuando le diga que Rogelio Baeza fué anoche asesinado.

—¿Quién ha sido el asesino?—preguntó Enrique.

—Lo único que puedo decirle es que yo anoche conduje a casa del señor Baeza a la señorita Gálvez y luego vi entrar a David.

—Entonces hay que llamar a la policía. Indudablemente éste debe haber sido el asesino.

—Espere un momento—volvió a decir Salanova, deteniendo el gesto de Enrique—. Yo sé que a usted le conviene que pase por criminal David, ¿no es así?

—En efecto—repuso el miserable—. Y puesto que lo sabes, hablemos con las cartas a la vista. ¿Qué es lo que quieres?

—Una cosa bien sencilla. Si usted quiere deshacerse de David Espildora para intentar casarse con Teresa, es necesario que cuente con mi silencio... y mi silencio vale dinero.

Al oírlo expresarse de aquella forma, Enrique se encolerizó y exclamó indignado :

—¡Márchate, canalla !

—Nada de insultos—contestó el otro tranquilamente—. Me voy, pero no tardará en saberse que no fuí yo quien mató a su primo... Ya ve que puedo serle más útil de lo que usted se piensa.

Verdaderamente, aquel hombre tenía razón, pensó interiormente Enrique, y, midiendo el beneficio que podía sacar de su silencio, le contestó :

—Está bien ; aquí tienes esté poco de dinero

y este cheque, que puedes cobrar en cualquier Banco de la capital. Pero es preciso que abandones el pueblo inmediatamente.

Aquella mañana era precisamente la señalada para casarse Teresa y David, y cuando más preocupado estaba éste por creer que su novia había sido quien había dado muerte a Baeza, se presentaron varios compañeros suyos y, entregándole una orden del capitán del crucero, le dijeron:

—Malas noticias, Espildora, para el día de tu boda. Es preciso que cuanto antes nos encontremos a bordo.

La situación de David se hacía por momentos más difícil. Por un lado, Teresa, que nunca como ahora necesitaba su ayuda; por otro lado, el deber que le llamaba. Una lucha terrible se desarrolló momentáneamente en su interior; pero, sobreponiéndose a todos los sentimientos, contestó a sus compañeros:

—Vamos a bordo; el deber es antes que nada.

Y algunas horas después se encontraba sobre la cubierta del hermoso crucero ocupando su puesto de oficial.

Mientras tanto, Enrique había ido a dar parte a la justicia y había denunciado, como presunto autor del crimen, a David.

—Tengo la seguridad de que él y nadie más

ha podido ser el asesino de mi desgraciado primo—terminó diciendo—. Y prueba de ello es que esta misma mañana se ha embarcado de nuevo, cuando traía un permiso de una semana para casarse y no ha hecho uso de él.

Evidentemente, la prueba era casi infalible y, por lo mismo, el juez no dudó un momento en firmar un autó de prisión contra David y ordenar que subieran al barco para detenerlo.

El mismo Enrique acompañó a los representantes de la justicia y el comandante del crucero, que conocía la causa por la que había sido expulsado, exclamó al verlo:

—Un oficial de Marina expulsado del Cuerpo no debe jamás presentarse a bordo.

—Tengo razones poderosas para ello, mi comandante. Esta mañana ha sido encontrado el cadáver de mi primo asesinado y el teniente Espildora es el único que nos puede aclarar el misterio que envuelve su muerte.

Aquello sorprendió grandemente al comandante, por tratarse precisamente de uno de los oficiales que más apreciaba y, volviéndose hacia él, le preguntó:

—¿Qué contesta usted a esta acusación, Espildora?

—Que nada sé, mi comandante. Fuí a casa de la víctima, es cierto, a salvar el honor de una mujer; pero yo no he matado a nadie.

—No es cierto—exclamó Enrique—. Usted asesinó a mi primo porque encontró en sus brazos a su prometida.

—Mi comandante, le ruego que me dé permiso para quedar en tierra hasta que pueda demostrar palpablemente que este hombre miente y que soy ajeno al delito que se me imputa.

No hay en ello el menor inconveniente—repuso el comandante—. Se le ha destinado a usted al nuevo acorazado «Héctor» y tiene un mes de licencia para tomar posesión del nuevo cargo.

CUARTA PARTE

Mercedes, al volver de su desmayo, creyó que volvía a una nueva vida. No recordaba más que su entrevista con Rogelio, la negativa de éste, el momento en que ella sacó la pistola y, finalmente, vió a Baeza tendido en el suelo.

Ni por un momento dudó de que había sido

ella la verdadera asesina, y cuando la madre de Salanova vino a socorrerla, se confesó culpable del crimen.

La buena mujer retrocedió horrorizada al oír la confesión de la joven; pero una compa-



sión infinita la hizo que la atendiera hasta que llegara su hijo, que le preguntó:

—¿Cómo se encuentra, madre?

—Ha delirado y me ha confesado todo su crimen. Es preciso que se marche... Yo no puedo ocultar a una mujer que ha matado a su amante en mi casa.

—Tranquílcese, madre. Hoy marchó del pueblo y se vendrá conmigo —respondió Salanova.

La pobre mujer no podía comprender el sentido de aquellas frases y, atribuyéndolas al amor que sabía que sentía por la joven, quiso persuadirlo de que no hiciera aquella locura y le dijo:

—¿Pero no comprendes, hijo mío, que eso significa tu perdición?... ¿Cómo puedes huir con una mujer que ha cometido un crimen?... Demasiado hemos hecho ocultándola.

—No se apene, madre. Algún día dará gracias a Dios por haberla amparado—volvió a decirle Salanova, saliendo nuevamente de la casa.

Cuando la señora Salanova quedó otra vez a solas con Mercedes una indignación irresistible se apoderó de ella, creyendo a la joven culpable de la decisión de su hijo y le gritó:

—¡Infame! ¡La noche pasada diste muerte a tu amante!

La fiebre que durante unas horas había embotado los sentidos de Mercedes había desaparecido, y al oír la acusación, protestó enérgicamente.

—¡Juro que soy inocente! ¡Lo juro ante Dios, que me escucha!

—¡Calla, mala mujer!—continuó diciéndole la madre de Salanova—. Es inútil que mientas. Aquí permanecerás hasta que la justicia disponga lo que ha de hacerse contigo.

Y, cerrando tras ella las puertas de la mísera vivienda, salió a dar cuenta a la policía para que vinieran a prender a la muchacha.

Cuando volvió se encontró con su hijo, que le preguntó:

—¿A qué has salido?

—A comunicar a la policía dónde se oculta el asesino de Rogelio Baeza.

—¡Estoy perdido!—gimió desesperado Salanova—. ¡El asesino soy yo! Esta mujer es inocente y me denunciará.

Por el pensamiento de la madre pasó toda la tragedia que envolvería a su hijo si llegaban a sospechar que él había dado muerte a Baeza, y, en un arranque de locura maternal, cogió un cuchillo que había sobre la mesa y, avanzando hacia ella, exclamó:

—¡Muere! Así no denunciarás a mi hijo.

Pero Salanova se interpuso entre las dos mujeres y Mercedes pudo huir, seguida de la madre, hacia el acantilado.

Alberto Gálvez había vuelto de su viaje a Londres y les decía a David y a su hija, que le habían informado de lo que ocurría:

—No he podido encontrar a Mercedes; parece que la tierra se la ha tragado.

¿Cómo podía él imaginarse que a aquella hora Mercedes luchaba por conservar la vida,

deseosa de vengar la muerte del hombre amado?

En su fuga no se dió cuenta de que se hallaba en la cima de una roca cortada a pico, perdió pie y cayó al mar.

David, que, informado por su novia, había salido en busca de la joyen, la vió caer y, sin dudarle un instante, se lanzó al mar para salvarla.

Avisadas las autoridades de la lucha que sostenían en el agua los dos jóvenes, dispusieron la salida inmediata de la canoa de salvamento.

También Salanova, que, huyendo de la policía, vió caer a Mercedes, subió a su barca y salió a recogerla. Pero el temporal creciente destrozó la frágil embarcación y las olas azotaron el cuerpo del infortunado pescador, arrojándolo moribundo sobre unas rocas. Cuando llegó la policía, aun tuvo fuerzas para declarar:

—Yo soy el asesino de Rogelio Baeza. Su primo Enrique me proporcionó dinero para que huyese, porque así convenía a sus planes de ambición.

Y entregó, como justificante de su declaración, el cheque que le había entregado Enrique.

Algunas horas después la barca de salva-

mento volvía al puerto conduciendo a los dos náufragos, que milagrosamente se habían salvado, y Teresa y David convirtieron aquel faro que alumbraba las costas anunciando la proximidad del peligro, en un nido de amor, donde dos corazones latían al unísono.

FIN

